

DIONICIO MORALES

*Selección y nota introductoria de*  
JOSÉ HOMERO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL  
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2013

## ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA, <i>JOSÉ HOMERO</i>	3
DE <i>INSCRIPCIONES Y SEÑALES</i>	7
SEÑALES	7
LOS INNOMBRADOS ( <i>FRAGMENTO</i> )	13
ROMANCE DEL BUSCÓN	14
DE <i>EL ALBA ANTICIPADA</i>	16
EL ALBA ANTICIPADA ( <i>FRAGMENTO</i> )	16
DE <i>RETRATO A LÁPIZ</i>	18
RETRATO A LÁPIZ	18
BIOGRAFÍA MARINA	19
CORAZÓN DE OBSIDIANA	21
DE <i>LAS ESTACIONES ROTAS</i>	24
EL ÁRBOL	24
LAS ESTACIONES ROTAS	25
LAS PIEDRAS SILVESTRES	30
DE <i>DÁDIVAS</i>	33
COYOTE	33

## NOTA INTRODUCTORIA

Antaño manteníamos una relación unitaria con el cosmos. Esa unidad se manifestaba en los vínculos entre el hombre y la naturaleza. Mediante el rito el individuo recuperaba una inocencia primordial donde las cosas y el hombre perdían su singularidad para convertirse en miembros de una realidad común. Tales ritos podían ser de nacimiento o la entrada a la pubertad. En ambos casos el púber o el nonato eran abandonados en territorios simbólicos: bosque, selva, planicie, para que encontraran su familiar en la naturaleza, comúnmente un animal. Esa consanguinidad aún es visible en nuestro imaginario. Joseph Brodsky insistió en el carácter arcaico de nuestras imágenes diciendo que la memoria es el rabo que perdimos en el curso evolutivo. No extraña la recurrencia con que ciertos emblemas naturales son convocados por aquellos que específicamente ejercen la función de la memoria: artistas o poetas.

En un poema de resonancias huertistas, “El alba anticipada”, Dionicio Morales (Cunduacán, Tabasco, 1943) compone una elegía para el padre muerto cuyas frases configuran un territorio salvaje donde el poeta se identifica con un árbol. En tanto el padre ha muerto prematuramente cuando el hijo aún se encuentra en proceso de madurez, éste buscará “la nota vertical” de la sonrisa paterna bajo una “cárcel subterránea” hasta reconocerse él mismo árbol también.

“El alba anticipada” no sólo asentaba la imagen ideal del poeta como un árbol. Al estatuir dicha condición establecía una relación vertical complementada con una dimensión horizontal. Me refiero a que la evocación paterna se realiza desde una habitación que pronto se convierte en casa. Mientras el padre se hunde, el hijo comienza a extenderse merced a la obra de la imaginación, de la posibilidad de recuperar la felicidad solariega de la infancia, pero no de modo vertical, lo que implica una temporalidad —testimonio de

un crecimiento, de un avance, sino horizontal, negando el transcurso.

“Señales” concentra muchos de los asuntos y cualidades de la poesía de Morales. Es un poema de amor escrito desde una perspectiva lúcida, cuando el abandono sofrena el entusiasmo, cuando la ausencia ha domeñado la ilusión creadora. Hay una jerarquía latente: arriba/abajo; cielo/ tierra, expresa en la circunstancia de que el sol, “el más alto vigía de la luz”, crezca hacia abajo o que el cielo haga llover “su más límpido goce: su estatura”. Lo notable aquí es la dimensión escéptica, cómo sin negar la función genésica y feliz de la pasión, el poeta se niega a imbuir de una luz áurea al mundo, insistiendo en imágenes oscuras. Incluso la mención a la divinidad es para decir que “da la cara la de siempre al mundo”. La fertilidad que acompaña al encuentro amoroso se traduce en esterilidad, de ahí que el sol, en una disemia feliz, descienda de sí mismo, significando que es su propio padre y también un descenso semejante al de los muertos, reiterando esa esterilidad. Si el encuentro con el otro rescata en principio al amante de la desolación, permite la regeneración y propicia imágenes de una satisfacción campesina elemental (el otro es: “Cuerpo/ Durazno/ Pan”), no puede sin embargo negarse que se trata de una historia añeja y que el encuentro que tan milagroso parece habrá de ser negado por el tiempo.

Los poemas de Dionicio no buscan tanto detener el instante o lamentar su transcurso, sino mediante la evocación de esos momentos mostrar que lo propio del hombre es la memoria. No extraña entonces que posea afinidades con el Efraín Huerta y el Octavio Paz ávidos de metáforas y de imágenes de luces, lluvias, estrellas y jardines de aquellos últimos treinta y primeros cuarenta, o que al reparar en el credo del renacimiento corporal-vegetal aluda astutamente a Carlos Pellicer. Y no sorprende porque como estos poetas, Dionicio, siendo un poeta del amor y la amistad es ante todo un poeta que reconoce, más que celebra, la creación. En esta voluntad destaca sobre todo

su énfasis en mostrar cómo la belleza de las cosas está en proporción a la luz que reciben. Los poemas de *Señales* indican esta cualidad mostrando una grata conjunción con la mirada del crítico de artes plásticas que es Dionicio, pues la alabanza de la luz se expresa en estampas que buscan la limpidez de un paisajista, de un dibujante magistral: “Admira / oh mundo / tu desnudez” dice en “Génesis”.

En una entrevista Dionicio declaró que nunca se deprime y en esta confesión un poco fuera de lugar podríamos encontrar una clave para definir su obra: una poesía que no pretende renovar la tradición, pero que se convierte en necesaria porque nos permite definir a ésta de mejor modo. Dionicio representa en nuestra poesía el tránsito entre la poesía celebratoria del mundo y con ello, de la naturaleza y el amor, y la conciencia de que la pasión tampoco ha de salvarnos. Al contrario de sus contemporáneos, no opta ni por la vía del poema que reflexiona sobre sí mismo ni por un coloquialismo que desplaza el entusiasmo por la creación a la incomodidad vital. Dionicio, quien no se deprime, es un poeta de tono mesurado, discreto, que toma aquello que la vida ofrece, que da cuenta de sus goces pero también de sus amarguras, también sus penas, sin por ello imponer su ánimo al mundo. De ahí que algunos de sus mejores poemas estén en este volumen de *Las estaciones rotas*, donde la pasión es indisociable de la reflexión sobre el tiempo, sobre la vejez y la esterilidad. No extraña tampoco entonces que esas imágenes arbóreas y pétreas con que asentaba su condición otra estén por otra parte tan presentes ni que el poema “Las estaciones rotas” ratifique esa condición suspensiva del ritmo de la naturaleza. La naturaleza, el mundo, pues la ciudad también se incluye aquí, conviértense en un correlato de la existencia del individuo. La ciudad, según el humor, puede ser o desértica desde la perspectiva desolada (“Año viejo”) o un espacio donde canta la vida si se presenta el amor (“La ciudad”), así sea que se añada “su malgastada desventura”.

Desde los sesenta muchos poemas de Dionicio repudiaron la tradición de la poesía mayestática, pero esos textos, con sus expresiones coloquiales, con su apego al Jano del doble sentido, con su burla a los símbolos más claramente líricos y sus peticiones de cotidianidad, suenan impostados, epigonales. Y es que si Morales no propone la buena hechura del mundo sí podría suscribir su asombro ante la cornucópica creación. Por ello conmueve la amargura que encontramos en este libro último donde simbólicamente aquel árbol herido que era el adolescente huérfano de “El alba anticipada” reaparece convertido en un árbol viejo que “todavía tiene ganas de vivir” y se empeña en reverdecer con los años: “en otra tierra, / con nuevas gentes, / en cualquier lado”. Y su poesía desamorada no cesa desde la inversa perspectiva de recordarnos que no hay mayor dicha ni mayor plenitud vital que la corpórea.

Este “árbol herido” ahora ya “viejo” es también una piedra silvestre cuya memoria “resguarda los instantes primitivos/ remotos/ en imágenes selladas” que ama la sal “que endurece su cuerpo sensitivo”. Y ello tiene que ver con no deprimirse nunca. Porque la madurez de nuestro estoico tabasqueño propone, como quería Fitzgerald, continuar adelante sabiendo la inutilidad del esfuerzo. No puedo menos que celebrar la voluntad de vida de esta poesía tan antigua, tan nueva. Tan de siempre.

JOSÉ HOMERO

DE INSCRIPCIONES Y SEÑALES

SEÑALES

*A Eunice Odio*

I

Amanece en el mundo  
De un sobresalto uno despierta  
con la certeza de que el día anterior  
llovió toda la noche sobre la misma piedra  
y de que el viento horizontal  
depositó al primer pájaro del día  
en el árbol  
    más alto

Y uno no sabe qué hacer ante  
la realidad que todavía comienza  
si entristecerse llorar o descargar  
la cólera temprana sobre el día  
o simplemente sentarse  
y desde allí mirar  
cómo pasa  
    la  
    vida

II

*A Carlos Eduardo Turón*

Como una procesión de mariposas  
se abre el día  
El Sol el más alto vigía de la luz  
es el primer testigo  
(Dios desde su bola de cristal  
da la cara la de siempre al mundo)

El Sol de sí mismo desciende y crece  
como todos los muertos

hacia  
abajo

con sus lenguas de fuego  
(Dios como por no dejar  
 nombra a todas las cosas de rutina)

Es la primera visión relampagueante  
El aire abre sus puertas  
y ya están todos de pie  
sobre la tierra

### III

El primer estallido de la noche  
deshizo la memoria

Estabas en una ciudad  
donde la música de los violines  
era trizada por el aire

La luz imperceptible casi negra  
decoloraba tu mirada  
y el cielo hacía llover  
su más límpido goce: su estatura

La noche altamente brillaba  
Entre todas las cosas  
tú eras

lo  
más  
puro

### IV

Lenta es la noche  
A ratos se oyen como un silbido

nuestras pisadas en la alfombra

Son los preparativos para el amor

El lecho como una cripta aguarda  
De pronto el peso de nuestros cuerpos  
desnudos lo aligera

¡Ah! nuestros cuerpos enlazados  
principian al mundo  
y una vez más somos  
los primeros habitantes de la tierra  
los que en estos momentos  
no haremos descendencia  
y dejaremos aquí  
grabados en blanco nuestros nombres

Pero tú y yo como todos los demás  
no escribiremos la historia

Será la misma  
siempre comenzada  
y siempre siempre repetida

V

Yo había dado mi corazón  
a que lo devoraran las hormigas  
cuando una mano  
—tu mano jovencísima—  
vino a poner sobre mi corazón  
su  
tacto  
humedecido

VI

Eras toda la luz reunida  
en un vaso de obsidiana.



de sol  
    enarenados  
y la mañana  
perezosa  
abrió  
    sus  
    alas

## IX

Clarooscuro de ti  
                    voy  
desnudo  sobre la luz  
sin esta piel  
            sin tacto

Llego al territorio  
                    del alba  
—la infancia del día  
Por encima  
            del sol  
todavía te miro

Vengo sin mí  
pero contigo  
            dentro

## X

No abras de nuevo  
                    ese postigo  
donde  
    noche a noche  
                    merodea mi voz  
y tu silencio de cristal  
                    hace añicos  
al viento



## XII

No digas  
                  que no te quiero  
si te olvido  
                  un día

El olvido  
                  es la memoria  
fiel  
          del  
          tiempo

LOS INNOMBRADOS  
(*fragmento*)

*A Abigail Bohórquez*

Nosotros los inno­brados  
los que poblábamos la luz  
cuando una joven calle se detuvo  
y nos fijó a la tierra  
los que a fuerza de ser  
respiración palabras  
piedra que en todas partes crece y crece  
nosotros los inno­brados  
los que en deshabitada luz  
nos contemplamos vacilantes  
dispuestos a hacer sonar el tiempo  
los que medimos la estatura del hombre  
por los sueños y recogemos miradas de quien sea  
porque tenemos ojos para todos  
nosotros los buscadores del cuerpo  
que se atreva a recordar el nuestro  
los que morimos a diario por pedazos  
al querer recobrar­nos en cualquiera  
los que al sonar el día recordamos  
que nadie estuvo aquí

que nuestras manos se quedaron  
urgidas silenciosas

#### ROMANCE DEL BUSCÓN

Nos vimos en el Metro  
A una mirada tuya  
mi paso  
militante  
se detuvo

Tus ojos  
negruscamente negros  
coincidían  
relámpago  
soeces  
altaneros  
con los míos

¡Ah! qué lúbricas  
miradas

Todavía recuerdo  
la palabra  
*te quiero*  
revoloteando  
el aire

Cuando apareció un letrero  
con la palabra  
Revolución  
apresuré  
mis  
pasos  
hacia  
afuera

Ahora voy por las calles

incendiándolo todo  
con  
miradas

DE *EL ALBA ANTICIPADA*

*A mi madre*

EL ALBA ANTICIPADA...  
(*fragmento*)

Te fuiste tan de pronto,  
cuando apenas mi noche maduraba.  
No me diste el tiempo necesario  
de preparar tus cosas para el viaje.  
Te fuiste de repente.  
Aún persigo incansable con mis manos  
la nota vertical de tu sonrisa,  
aún te busco incipiente por el tiempo  
y no te encuentro hombre, amigo,  
hermano de mis sueños clandestinos.

¿Dónde quedó tu paso, padre mío?  
¿Qué cárcel subterránea te consume?  
¿A dónde fue la ruta de tus ojos?  
¿Qué sol penetra la tierra que te cubre?  
¿Qué brazos te cobijan desde entonces?

Me hospedo en el paisaje.  
Recorro las recámaras del tiempo,  
la vista se me pierde en las ventanas,  
te busco, de pared a pared, y no te encuentro.  
Me tiendo mar adentro en la espesura,  
reposo en los pasillos infinitos,  
ahuyento con mis pasos tu presencia

y en el último peldaño de la noche, me detengo.  
La mirada se vuelve hacia todos los lados  
circunspecta, se suspende en la lámpara, se fija  
y un resplandor sonrío a la deriva.

Me estaciono en el alba anticipada.  
Me quedo allí clavado  
conjugando tu acento con mi nombre

viendo cruzar los aros sorprendidos.  
Mi sangre está de pie, fluye, se arrastra.  
Se desprende mi ser. Se secó la raíz,  
y es por eso que en mí, árbol herido,  
llueve todos los días y a destiempo.

DE *RETRATO A LÁPIZ*

RETRATO A LÁPIZ

No recuerdes  
el médano demolerá tu corazón  
en un recipiente negro y fétido  
mientras el mar desquicia  
tus ojos trasnochados

de vida.

Deja que en tu memoria seca y  
extraviada  
ardan implacables los fantasmas  
que aparecen  
y desaparecen  
en el ciego recinto  
que te aguarda.

La pequeña herida de alfiler  
horada el entresijo  
de un mar antiguo  
y deposita su grano de sal insobornable  
al escribirse otra historia  
que también

es la tuya.

El aire aprisionado mutila  
un enardecido color y al más mínimo soplo  
oscurece y ahoga  
el pedazo de vida  
que te queda.

La luz carcomida por los siglos  
se adelgaza al traspasar  
la noche soñolienta  
—negro espejo de Dios  
omnipresente.

Invéntale un nombre a tus sueños  
sonoro evocador memorioso

y dócil sustraído al dolor  
te pertenecerá  
—no por fidelidad  
sino por desconocimiento  
de otros cuerpos.

Ignora la rama quebradiza  
que se solaza y padece bajo tus pies  
y muere y desaparece  
sin un rastro un signo  
una huella delirante  
que renueve tu paso  
por la tierra.

Asesina la palabra que pugna por nacer  
enróllale el cordón umbilical  
en el cuello  
y el último espasmo silabar  
será el testigo fiel  
de una vida más profunda  
y larga.

#### BIOGRAFÍA MARINA

*A Joaquín-Armando Chacón que a los  
veinte años no conocía el mar.*

Desde mi infancia  
recuerdo el mar  
como un gran golpe de agua  
profundo interminable  
porque la vida  
viene de más allá  
de sus entrañas.  
Mis ojos eran huérfanos  
de aquella luz  
cálida mojada  
en la suavidad  
de un pétalo  
de agua

deshojado  
por la gracia marítima de Dios.  
Mis ojos —digo—  
eran huérfanos  
pero la sal calcárea  
hizo llover oscuridades  
olvidadas  
sobre su cauce abierto.  
Como un terco animal  
domeñado  
cedí a sus reclamos  
y mis ojos  
—estos ojos—  
descubrieron veranos enardecidos  
que se estrellaban  
en su rompeolas celeste.  
Desde entonces  
en su orilla navego  
Un granito de arena  
—cualquiera—  
es tierra prometida  
y desde allí  
campeo tempestades  
oteo el horizonte  
suelto amarras terrestres.  
(Las nubes bajan al mar  
a bañarse en sus olas  
surcan aguas coléricas  
como cisnes de mar  
que acortan las distancias  
desmoronando alturas.)  
Después  
proa a la mar  
la vida transcurría  
El viento era una ráfaga azul  
que se mecía  
al vaivén de la luz  
El agua del cielo  
mojaba a veces  
las palabras secretas  
por nacer



(como ninguna)  
y otra ciudad  
(también como ninguna)  
Amo su corazón de obsidiana  
su dialéctica  
de la eternidad  
Amo su tristeza de siglos  
(que es la nuestra)  
su reunión de imágenes ciegas  
(que es la nuestra)  
su canto desollado  
(que es el nuestro)  
su manera de reproducirse  
quién sabe cómo

De esta piedra  
amo  
los siglos que sobrevuelan en su entorno  
los vientos milenarios  
que la mecen  
en su lecho terrestre  
el cielo y el infierno  
que la nombran  
De esta piedra lo amo todo  
sus ojos ciegos su voz rocallosa  
su cuerpo inmóvil  
su peso solidario  
su espíritu petrificado  
su juventud  
su ancianidad  
La amo  
pese al dolor  
sangre y muerte que guarda  
en sus nostálgicas entrañas  
Ella sobrevivirá  
a todas las catástrofes  
que la mano —la diestra—  
de Dios  
inventa cada día  
Y por sobre todas las cosas  
amo

su corazón de obsidiana  
que es contrapunto  
el incendiario corazón  
de México

DE LAS ESTACIONES ROTAS

EL ÁRBOL

*A Verónica Volkow*

Frente a la puerta de la casa donde vivo  
hay un árbol muy viejo, alto, grande,  
desmochado de aquí, de allá, a mansalva,  
por algún hijueputa —así decimos en mi pueblo—  
que en tiempos lejanos quiso derribarlo.

El árbol todavía tiene ganas de vivir.  
Se aferra al único sostén: su altura.  
La tierra negra desgastada por el tráfigo,  
el ocioso cemento que cubre sus raíces,  
a veces se compadecen de él.  
Unas ramas medio verdes, amarillentas,  
se alzan insolentes en el día, la noche,  
con lluvia o sol, entre una y otra  
calamidad que un Dios ciego descarga  
irreverente sobre su sabio tronco.

Cuando viaja el verano, silencioso  
llega el otoño, como ahora.  
Su tallo lívido no resiente los cambios.  
En sus gajos ocres secos crece la soledad  
con un sigilo creador de eternidades.  
En el invierno, la clorofila se contrae  
por falta de luz. El horizonte  
cubre toda orfandad desmemoriada.  
Así el hombre. Como este viejo árbol sembrado  
frente a la puerta de la casa donde vivo,  
cumple su ciclo, reverdece con los años,  
en otra tierra,  
                    con nuevas gentes,  
                                    en cualquier lado.

## LAS ESTACIONES ROTAS

### I

Una mañana que ahora sé era impura  
descubrí tu corazón granada reventada  
a puñetazos desde su nacimiento  
que la luz del día me heredó como quien arroja  
de mal modo un pedazo de pan a un pordiosero  
sobra negra de un sórdido banquete.

No traías heridas invisibles a mis ojos amorosos  
porque tu sangre envenenada viajaba silenciosa  
hacia adentro  
                  como la osamenta del cuerpo  
  que te habita.

Con tu apariencia deslumbrada  
atónita ante la revelación primera del naufragio  
que se cernía sobre ti como una mísera maldición  
sobre la otra cara de tu vida  
con tu mirada joven pernicioso de un ave  
que todavía ignora la piedad la misericordia  
el placer la avidez de la carroña

con tu paso cerrero deliberado  
cadencioso sólo al ritmo que sufraga  
deseos insepultos o negras resurrecciones

con tu voz encardada en cálidos ataúdes  
que aún conservan en el original olor de la madera  
la sibilina arrastrada palabra del viento

con tu boca panal de eternidades  
cuando las abejas sucumben complacidas  
al canto inverosímil desafinado  
de la chusma que deposita la miel  
en su célebre dulce goteo

con tu cintura eje del mundo que gira  
en mi mano solidaria tropical desnudadora  
de la parra bíblica que cubre de verde  
el paraíso

con tus pechos matutinos leves duros amargos  
amamantadores de malignas devociones  
para cortar de tajo  
gota a gota de sangre  
la vida

con tus caderas festín de profecías incumplidas  
minuciosas sedientas de vahos semejantes tibios  
al abrigo de la desnudísima celeridad del alma  
con tu valle de azucenas entintadas de basaltos  
demarcado por la línea de fuego en la que arden  
se consumen resucitan mueren los devaneos  
que hormigean roen encandilan los sentidos

con tus muslos potros culebras mármoles  
gamos silvestres mariposas suaves ciegas  
espasmo luz agua llama  
noche larga sedienta exilio creación  
verso  
poema  
poesía  
entendimiento  
me envidaste.

Desde entonces no sé qué nombre tienes  
no conozco tu cuerpo relampagueante solidario.

A partir de ti la noche  
ya no arrastra la oscuridad donde tú y yo  
nos reconocíamos en los silencios  
o en diálogos secretos sabios  
de la carne.

Ya nada sé de ti. Tampoco ignoro nada.

El tiempo es el reclamo podrido del amor.

En él se sepulta sin querer  
el último signo de vida.

## II

Suena la luz de otros días sus cascabeles negros  
anunciando el desastre

El tiempo es ocre gris pardo niño

oscuro

de la inútil amarillenta gastada palabrería  
que como sapos immaculados salen de tu boca  
El cielo descarga su terca opulencia  
sobre el paragüerío del manglar  
en cuyo tronco albergábamos sueños cuerpos  
muertes

resurrecciones

Se deshace en el aire el vaho tierno tibio  
libidinoso succulento de nuestros cuerpos  
engolfados en la vida  
Amurallado cerco es ahora la mirada  
desprendida del lagrimal de los ojos más puros  
por donde salía el amor a tomar su sitio en la tierra  
El mar —¿te acuerdas del mar?—  
flamígero tropical zozobra aún  
en las resonancias musicales que exhala  
desde sus profundidades

en su aciago naufragio

El gran ojo de Dios desentendido  
no enciende ni guarece las sordidas caricias  
cuando la piel derrotada

enmudecida

cambia su túnica por un amoroso canto rodado  
La lluvia mojadora de encendidos presagios  
ya no baña las desnudeces complacidas

tendidas

en la sábana negra que fiel nos arropaba  
Ahora unas viejas apestosas gotas de sudor

resbalan por la piel  
                                  como por una candela apagada  
La carne, ¡ah, la carne!  
santísimo alimento de comunión  
  pan de todos los días  
abrevadero de corporales sagradas indulgencias  
sol retinto amargo purificado en tu nombre  
en el desprendimiento mutuo de azucenas  
  gozosamente flageladas  
eclipse veraniego incorruptible que apresa  
come  
                                  carcome en su sabia negrura  
el botín de vida

La carne, ¡ah, la carne!  
sin ti no canta sus postradas obscenidades  
que nos mantenían despiertos  
  vivos  
único sustento que nos hacía  
amar  
          la  
          vida

### III

*Hoy hace un año, Junio, que nos viste  
desconocidos, juntos, un instante*  
Carlos Pellicer

Un potro negro ciego desbocado  
  arrastra tu cadáver  
muerto vivo de mí  
Tu sangre negra moja la tierra seca  
  desleída  
que un día de junio alardeara de vida  
al paso de nuestros cuerpos  
  sonorosos saciados

El viento en su demencia senil desliza  
en los miligramos aéreos el hedor

de tu prisión séptica  
ya no musicaliza ni airea las palabras puras  
sedientas  
que se desgranaban de tu boca  
émula de la timidez con que respira un colibrí  
asaeteado de otra vida

Despojo de tu bestial bulliciosa ambrosía  
el corcel  
en su deshabitada furia citadina  
guarda entre las patas enloquecidas  
ese grano de sol que resume tu corazón  
que mis ojos adoloridos  
rancios  
aún conservan como el indicio último  
de una dicha falsa  
escondida entre la placidez  
de un barro succulento amasado en la corteza  
del amor

Tus manos suicidas de ti pequeñas turbias  
olvidaron su potestad livianas  
autónomas  
matan el tacto aquel que suaviza tu carne  
cuando el placer ajeno  
el mío  
se apoderaba  
de tu alma nacida renacida en cada orificio de tu piel  
alegato del otro nuevo aturdimiento  
Danzan en la ribera agónica de espanto  
los alcatraces ebrios de marinería  
lisiados  
huérfanos de la sabiduría lustral  
en la que aprendiste a silabear las horas  
los días  
carcomidos por la devota contradicción  
de tu extravío

La oscuridad más negra que tu apetencia fiel  
te envolvía la imagen para que no se traslucieran  
las comunes desazones diarias de alabastro

al conservar intacto tu otro territorio  
a quien imaginaba como al enemigo glorioso  
a vencer

Ese animal ciego desbocado  
que ama tu cadáver  
soy yo  
que sobrevivo  
a  
cada  
una  
de  
tus  
muertes.

#### LAS PIEDRAS SILVESTRES

*A Héctor Azar*

1

Las piedras silvestres nunca duermen  
sueñan  
en la inmortalidad de los seres y las cosas  
amadas

Guardan en su interior  
el gran peso del mundo  
Arrastran la vida petrificada en sus entrañas  
Nadie sabe que son lisas y suaves por dentro  
Respiran saudades  
Ensueñan  
desde su anónima serenidad romanzas lustrales

2

Las piedras silvestres

aman el orden secreto de la tierra  
 su vaho guardián  
 sofoco ideal para reproducirse  
 Aman la lluvia religiosa  
 puntual  
 y  
 su  
 larga  
 caída  
 en algodones diminutos que limpian  
 sus duras escamas  
 velámenes grises en que navegan  
 de un sitio a otro  
 Las piedras silvestres aman el sol irreverente  
 seductor  
 a la hora del fuego  
 sobre su deformada redondez  
 Aman los días de campo espontáneos  
 lujuriosos  
 a los amantes sorprendidos  
 en su plácido abrigo  
 gozosos  
 sordos a las miradas ajenas.

3

Las piedras silvestres son mudas  
 El tiempo es su lenguaje  
 secreto  
 detenido en la sólida armazón de su piel  
 Son sabias  
 Guiñan un ojo al infinito  
 y la eternidad esconde en la llanada  
 su memorioso canto  
  
 No recuerdan ni olvidan  
 Su memoria  
 resguarda los instantes primitivos  
 remotos

en imágenes selladas

4

Las piedras silvestres aman al mar  
a sus golpes feroces  
que tasajeen su rostro  
Aman la sal  
el dolor cicatrizado  
que endurece su cuerpo sensitivo  
en una vieja escollera  
Aman al mar de lejos  
Lo añoran en los negros  
silencios nocturnos  
o en los claros fragores del día  
En la cúspide escalera  
del sol  
o en las profundidades del infierno

5

Cuando se rompen  
se quiebran  
se deshacen  
en partículas  
las piedras silvestres nunca mueren  
Tejen su telaraña  
de luz  
alcanzan la perfección en la otra vida  
—que es la misma—  
renuevan su mansedumbre  
y se aparean  
crecen  
se perpetúan.

DE *DÁDIVAS*

COYOTE

La noche, ese largo sepulcro habitado  
de negros agujeros, esconde su engañosa  
desnudez y prolonga, feroz, lastimero,  
su aullido desolado. Cuando truena el  
cielo, en plena huida, su figura  
famélica se borra de la sombra: amanece.

*Dionicio Morales*, Material de Lectura,  
Serie Poesía Moderna, núm. 200,  
de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM.  
Cuidado de la edición: Ricardo Muñoz Munguía.  
Fotografía de portada: Lourdes Almeida.